

Entrevista a Luis Fernando Medina Sierra sobre socialismo y utopía

JOSÉ BELLVER SOROA

Presé a la consideración peyorativa del concepto de utopía en momentos y corrientes del pensamiento socialista, lo cierto es que socialismo y utopía no han dejado de guardar una estrecha relación en la búsqueda de nuevos horizontes que superen lo existente. Los desafíos que confrontamos en nuestros tiempos pueden dar lugar a nuevas utopías que guíen nuestras acciones; pero pueden también llevar a visitar anteriores ideales, como el socialismo, que, con su orgullosa tradición de defensa de la libertad, la igualdad y la solidaridad, pueden marcar un camino prometedor.

Así lo apunta Luis Fernando Medina en su libro *Socialismo, historia y utopía*, que le ha valido el Premio Internacional de Pensamiento 2030 de la editorial Akal y el Institutu Asturias 2030. Doctor en Economía por la Universidad de Stanford, y tras impartir clases en la Universidad de Chicago y de Virginia, L.F. Medina es actualmente profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III de Madrid. Es autor de varios artículos y libros sobre modelos formales de economía política y sobre filosofía política de la justicia social y el socialismo. Entre sus publicaciones destacan títulos como *A Unified Theory of Collective Action and Social Change* (University of Michigan Press, 2007), *El fénix rojo. Las oportunidades del socialismo* (Los Libros de la Catarata, 2014) y *Beyond the Turnout Paradox. The Political Economy of Electoral Participation* (Springer, 2018).

José Bellver (JB): Tu último libro lleva por título, *Socialismo, historia y utopía*, y de hecho en el segundo capítulo marcas el comienzo de ese recorrido histórico. ¿En qué medida las ideas de utopía y socialismo comparten una misma historia?

Luis Fernando Medina (LFM): La relación entre socialismo y utopía es bastante compleja y llena de matices. Por supuesto que el pensamiento socialista se nutre de la tradición de visiones utópicas de una sociedad justa, una tradición que se remonta, como mínimo, a la Edad Media, a ciertas hermenéuticas de la Biblia que le daban un sentido histórico-temporal a nociones como la de la Santísima Trinidad. Pero por otro lado, el socialismo siempre ha sido descendiente directo del linaje de la Ilustración y como tal siempre ha creído en la perfectibilidad del mundo a través de la razón y de la ciencia.

Esto genera una gran tensión interna porque, en principio, no hay ninguna garantía de que las dos cosas sean compatibles. Nada garantiza que una agenda de transformación social orientada por la razón vaya a ser capaz de llevar al punto final de la utopía. Por eso muchos utopistas profesaban cierto anti-racionalismo, creían que era mejor apostarle a, por ejemplo, la revelación espiritual. En cambio, el socialismo busca conciliar ambas cosas. Justo es reconocer que, a día de hoy, no está nada claro que se puedan conciliar. Es algo que el socialismo tiene que aceptar si quiere seguir avanzando.

Ahora bien, así las cosas, alguien podría decir, y de hecho esa es la posición de muchos en la izquierda que gravitaron hacia la socialdemocracia, que tal vez es mejor simplemente renunciar al componente utópico de la tradición socialista. En principio parece muy sensato. Pero hasta ahora ese enfoque también se ha encontrado con enormes dificultades. La socialdemocracia en el mundo ha tenido un retroceso inusitado en los últimos años. Ha sido tal el retroceso que ya en este momento casi que parece más utópico volver a los tiempos de gloria de la socialdemocracia de los años sesenta que tratar de inventar algo nuevo.

JB: Como bien recuerdas en tu libro, las revoluciones de 1989 supusieron la caída de aquello que se dio en llamar el “socialismo realmente existente” y en cierta medida se ha considerado este momento histórico como el fin de las utopías. Pero tú sugieres que más bien se trata de un cambio de significado. ¿Cuál es, desde tu punto de vista, el significado de la utopía hoy? ¿Ha muerto el pensamiento utópico?

LFM: Se nos olvida que la utopía es una actividad humana como lo es el arte, la ciencia, la religión. Por eso creo que haríamos bien en aplicarle a la utopía algunas de las nociones con que analizamos estas otras actividades. Así, por ejemplo, po-

demos ver que, así como la forma de hacer arte y de hacer ciencia han cambiado muchísimo, también puede cambiar la forma de hacer utopías. En el arte ha habido vertientes que buscan erosionar la barrera entre artista y espectador. En la ciencia ha ido desapareciendo la figura del científico individual y cada vez es más una empresa colectiva. Del mismo modo, puede ocurrir que estemos entrando en una etapa en la que las formas de producir utopías también cambien en el mismo sentido, que la generación de utopías se vuelva una tarea colectiva que involucre no ya a un visionario aislado sino a muchos actores en diálogo permanente.

Se ha puesto en boga proclamar el fin de las utopías con el mismo tono con el que se le dice a un adolescente que ya llegó la hora de ser adulto. Pero un mundo sin utopías es un mundo muy frío y solo. Necesitamos estar siempre imaginando algo mejor. Es parte de lo que significa ser humano. Si cercenamos esa capacidad nuestra de imaginar mundos diferentes, nos privamos de algo esencial. Creo que fue en Buenos Aires donde apareció un grafiti que decía: «¡Menos realidades y más promesas, por favor!» Me parece que capta algo muy profundo de nuestra condición actual. Cuando no hay más que “hechos incontestables”, cuando se nos dice constantemente que “no hay alternativa”, nos sentimos asfixiados.

JB: Soy consciente de que la siguiente es una pregunta difícil de contestar y que la respuesta podría dar lugar a un libro entero y en gran medida está recogida en varios de los capítulos del que tú has escrito... Pero me gustaría saber qué balance haces en grandes trazos del socialismo y comunismo pasado en relación con las perspectivas que se prometían. ¿Los invalida como conceptos sobre los que sostener proyectos políticos transformadores para el presente y futuro?

LFM: A riesgo de que parezca que estoy evadiendo la pregunta, comencemos por preguntarnos por qué la hacemos, por qué nos sentimos tan atraídos hacia hacer balances históricos de las experiencias del llamado “socialismo real”. No hay ninguna duda de que esas experiencias dejaron muchos sinsabores. Económicamente, por ejemplo, hoy sabemos que una economía de planificación central puede ser muy eficaz para movilizar recursos a corto plazo (por ejemplo, para una industrialización acelerada), pero que a largo plazo genera ineficiencias terribles. Políticamente, no hay duda de que en todos estos países se instalaron regímenes autoritarios férreos que atropellaban las libertades básicas de los ciudadanos. También tuvieron logros innegables (o que deberían ser innegables en un clima

ideológico más sosegado): modernización económica, extensión de la educación y la cultura, derechos de la mujer, seguridad social, empleo garantizado, etc.

Lo curioso es que algo similar podríamos decir de cualquier otro país. En cuarenta años (o en setenta como en el caso de la antigua URSS) cambian muchas cosas, algunas para bien. Y, sin embargo, solo con los países socialistas sentimos la necesidad de tener una evaluación taxativa. ¿Por qué?

Yo creo que es un producto de la atmósfera de la Guerra Fría, un producto que hay que dejar atrás. Los proyectos políticos transformadores surgen siempre en circunstancias concretas. Las circunstancias en las que surgió el “socialismo real” son irrepetibles (afortunadamente). Es un pasado que ya no va a volver y que nadie quiere que vuelva.

Lo que sí queda, lo que sobrevive, es el imperativo de buscar alternativas más libres, más humanas que la que estamos viviendo ahora. Los experimentos de Europa Oriental surgieron tras una guerra devastadora, bajo ocupación militar, en medio de un atraso social y económico pasmoso. Esa ya no es la realidad de muchos países. Ahora se puede inventar algo nuevo que refleje mejor los principios generales de la tradición socialista.

JB: Hablas también de los avances logrados hoy en día en términos de sociedad del conocimiento y las posibilidades que ofrece. No obstante, son muchos los autores que hablan del mayor control social que permite la era digital. ¿Cómo ves esto? ¿La digitalización ofrece mayores posibilidades para un socialismo democrático o más bien para nuevos autoritarismos?

LFM: Para ambas cosas. Si hay un lastre del que el socialismo debe desprenderse es el de los determinismos. Esa convicción que profesaban muchos, Marx incluido, de que el presente hacía prácticamente inevitable la venida del socialismo es muy nociva. Ahora bien, tampoco hay que sucumbir a un determinismo de signo opuesto que ve en todos los cambios sociales un desastre para el socialismo. Vivimos en tiempos muy inciertos. Justo escribo estas líneas en medio de la pandemia del COVID-19 y siento que es difícil recordar un tiempo en el que todo, todo, fuera tan incierto. La moneda está en el aire y nadie sabe para dónde vamos. Por lo mismo, es el momento de proponer ideas, de imaginar cosas, de argumentar. Porque es justo en estos momentos en los que surgen posibilidades de todo, tanto lo bueno como lo malo.

Las nuevas tecnologías posibilitan, como señalas, la creación de nuevos regímenes de vigilancia y de destrucción de solidaridades. Por ejemplo, los avances en genética pueden llegar a destruir los sistemas de mutualización de riesgos de salud que están en la base de la seguridad social. Pensemos por ejemplo, en lo que ocurriría si se descubrieran determinantes genéticos para cantidades de enfermedades. Se podría pronosticar el gasto médico de cada persona en función de sus genes lo cual pondría mucha presión sobre el arreglo político según el cual todos pagamos los riesgos de todos. Del mismo modo, en un mundo de vigilancia digital extrema, las empresas podrían tener exactamente medido el desempeño individual de sus trabajadores creando jerarquías salariales internas mucho más refinadas de las que existen ahora.

Pero, por otro lado, la nueva tecnología también permite diseminar muchísima más información que antes y permite que muchísima gente pueda contribuir a la creación y conservación del conocimiento. Muchas cosas que antes requerían conocimientos especializados ahora ya se pueden hacer con facilidad por cualquier persona. Gracias a las nuevas tecnologías podemos pensar en procesos de decisión colectiva, democrática más eficientes y mejor informados que lo que se podía antes. Además, estas tecnologías son en buena medida posibles gracias al apoyo de los Estados de manera que la población tiene derecho de exigir más beneficios sociales de ellas. Todos estos potenciales hay que aprovecharlos. El socialismo de nuestro tiempo tiene que ser fiel a su tradición de nunca evadir los cambios tecnológicos. En el siglo XIX, un momento decisivo para el movimiento socialista fue cuando entendió que la revolución industrial era imparable y que lo que se necesitaba era buscar nuevas formas de gestionarla. Lo mismo ahora. Eso sí, como dije antes, sin caer en la complacencia. Los tiempos que vienen son delicados y no se puede creer que el viento de la historia ya se inclinó de nuestro lado.

JB: A veces da la sensación incluso de que en la actualidad hasta el proyecto socialdemócrata puede parecer utópico y radical a los ojos de la mayoría en comparación con las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sobre todo lo vemos en EEUU, con las dificultades de Bernie Sanders para llegar a ser el candidato demócrata a las presidenciales. ¿Crees que la situación de pandemia global con el coronavirus podría llegar a cambiar esto?

LFM: Como dije antes, es probable. La actual pandemia puede llevar a repensar muchas cosas. Históricamente este tipo de eventos han dado lugar a muchísimas

transformaciones. Pero puede ser en cualquier dirección. Lo que sí creo que ya se puede afirmar (aunque, claro, llevamos pocas semanas...) es que la pandemia politiza. Es comprensible. Se trata de un evento global que todos estamos experimentando al mismo tiempo. Nos pone en evidencia cómo temas aparentemente tan apolíticos como la salud y la muerte dependen de estructuras sociales profundas. Nos lleva a reflexionar sobre cosas que antes tomábamos como dadas. En fin, es un momento que puede marcar el despertar político de muchas personas. Por eso es importante aprovecharlo para que ese despertar vaya en la dirección de defender proyectos más humanistas e incluyentes y no de reforzar visiones autoritarias.

JB: Escribes en tu libro lo siguiente: «En el siglo XXI, tanto el punto de partida como los recursos disponibles para una agenda socialista han cambiado» (p. 117). ¿Cuáles son hoy esos recursos y el punto de partida y qué relación guardan con el pensamiento utópico? ¿Cuál debe ser la base de una visión política socialista que no quede en una utopía divorciada de la realidad, al considerar, por ejemplo, las limitaciones de un planeta finito?

LFM: Hoy en día tenemos muchos recursos que eran inimaginables hace un siglo. Ya estamos muy cerca globalmente (y en países desarrollados ya sin ninguna duda) del alfabetismo universal. En muchos países del mundo, incluso en las zonas más empobrecidas, se cuenta hoy con la ciudadanía más educada y saludable de la historia. Si el socialismo es gestión común de nuestro futuro, pues lo mejor que nos puede pasar es que esa gestión esté en manos de gente educada y saludable. Tenemos tecnologías de información que nos permiten aprender unos de otros con una rapidez inusitada. Tenemos ya varias décadas de experiencia que demuestran que las libertades políticas no son incompatibles con el bienestar material.

Por otro lado tenemos, como adviertes, un reto que antes nadie se planteaba, que es el de la finitud del planeta, lo cual entraña riesgos descomunales. Pero entonces, nuevamente me pregunto, ¿quién es el utopista en el sentido peyorativo del término? ¿Quién es el que está desfasado de la realidad? ¿Los que creen que podemos seguir así, o los que pensamos que si usamos los recursos que hemos adquirido vamos a poder crear formas de convivencia distintas que no destruyan el planeta?

Sabemos que si no se reordenan nuestros patrones de consumo y distribución, el mundo será inhabitable dentro de unas décadas. Sabemos que la excesiva riqueza y la excesiva pobreza son los principales degradadores del medio ambiente. Sa-

bemos también, porque lo empezamos a sentir quienes vivimos en el mundo desarrollado, que buena parte del consumo material tampoco es que genere bienestar. Sabemos que ese tipo de reordenamiento no se va a dar si no cambia fundamentalmente la estructura que guía la toma de decisiones tanto del sector público como del sector privado. Entonces, ¿quién es el utopista? ¿Habría sido utópico decir a bordo del Titanic que, aunque cueste trabajo, es mejor cambiar de rumbo en lugar de simplemente ignorar el iceberg?

JB: ¿Qué tipo de estructura social podría constituir la base de una nueva utopía de sociedad justa, sostenible y pacífica, ya sea en términos de escala, de relación mercado/Estado o de contrato social?

LFM: Me estaría contradiciendo a mí mismo si dijera que yo ya tengo la fórmula después de haber dicho que las utopías de ahora deben ser una construcción colectiva. Pero me atreveré a dar algunas pinceladas.

Creo que es importante desmercantilizar algunas partes de la vida social. Por eso he sido tan favorable a la renta básica universal (RBU), aunque reconozco algunas dificultades. Una RBU permitiría garantizar derechos básicos de subsistencia y de autorrealización personal a todas las personas independientemente de los vaivenes del mercado. Permitiría también la generación de nuevos espacios de cooperación en la sociedad civil, distintos de los del mercado y el Estado.

También es importante democratizar la gestión de los recursos. El dogma del *stockholder capitalism*, según el cual la responsabilidad última de las empresas es para con sus accionistas, ha llevado a que cada empresa descargue en los hombros de la sociedad todas las consecuencias negativas de sus actos que no se vean reflejados en su valor bursátil. Hay varias formas de revertir esto. No es necesario usar una sola, dependerá del contexto; por ejemplo, revitalizando los mecanismos de cogestión en las empresas para involucrar a los trabajadores en las decisiones; aunque sea más difícil, también hay que pensar en cómo involucrar las comunidades a las que afectan; también se debería fortalecer el tejido de empresas cooperativas mediante el impulso del gobierno. Todo esto puede generar algunas ineficiencias económicas ya que, sí, la cogestión puede privar a las empresas de flexibilidad contractual y, sí, muchas cooperativas fallan sobre todo en sus primeros años. Pero ya no estamos en situación de subsistencia. Podemos sacrificar unos cuantos puntos porcentuales del PIB y algunos puntos de cotización del IBEX 35 si eso se traduce en vivir mejor.

JB: ¿Qué papel han de jugar en todo esto la acción individual y la responsabilidad compartida? Aprovecho para preguntarte ya que eres profesor de Economía, y desde la ortodoxia económica se viene a defender que al final todo tiene que ver con las preferencias y los gestos individuales...

LFM: A mí me llama la atención la discrepancia que hay entre lo que se divulga como ortodoxia económica y lo que realmente ocurre en las facultades de Economía. Por ejemplo, todo economista “ortodoxo” (según como se defina, yo lo soy) está de acuerdo en que los mecanismos de mercado tienen innegables propiedades de eficiencia. Pero eso no quiere decir que la ciencia económica diga que todo tiene que funcionar de acuerdo con el mercado. Al contrario, la ciencia económica reconoce la existencia de fallas de mercado como las externalidades negativas (p. ej.: la contaminación) que hacen que pueda ser necesario regular los mercados y las empresas. Además, la ciencia económica ha demostrado hace mucho que en condiciones como las actuales, con tecnologías muy complejas que involucran la coordinación de muchas decisiones (“complementariedades” es el término técnico), se generan excedentes que bien pueden redistribuirse de muchas maneras. Del mismo modo, los estudios económicos han mostrado que los mecanismos de gestión solidaria pueden ser los mejores a la hora de abordar situaciones con externalidades negativas. En fin, podría seguir, pero me tomaría tiempo ahondar en los conceptos analíticos. El hecho es que el fundamentalismo de mercado que se vende al público como si fuera el resultado incontestable de la teoría económica no es más que una posible interpretación de dicha teoría. Hay mucho debate entre economistas sobre estos temas y es saludable que el público lo entienda así para no darle a ninguna perspectiva una deferencia que no merece.

José Bellver Soroa es miembro del Área Ecosocial de FUHEM.

